

ARGUEDAS: EXPLORACION POETICA DE UN SUEÑO

JULIO ORTEGA

"Me retiro ahora porque siento, fin comprobado que ya no tengo energía e iluminación para seguir trabajando, es decir, para justificar la vida", escribió José María Arguedas en una carta dirigida al rector y a los estudiantes de la Universidad Agraria de Lima el 27 de noviembre último; en uno de los años de esa Universidad se dispuso, el 28, un tiro en la soga; murió el 2 de diciembre, casi cuatro días después. Ya en abril de 1960 Arguedas había intentado matarse con una sobredosis de barbitúricos.

"Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente, me siento incapaz de hacer bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inútil, en un testigo lamentable de los acontecimientos", escribió en el cuartito inicial de su novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, que publicó la revista *Amara* (Lima, núm. 6 abril-junio 1968).

Seis meses antes de matarse, en su respuesta a Julio Cortázar ("Inevitable comentario a unas ideas de Julio Cortázar", en *Arbol de letras*, Santiago de Chile, julio 1968), Arguedas había escrito: "Yo soy un hombre feliz y continuaré siendo mientras pueda seguir trabajando, aquí o allá". Esa respuesta asumía una falsa polémica: la buena o la mala conciencia de escribir en América Latina o en el exilio, deducida por Cortázar en su reportaje de *Life* (7 de abril, 1963) a partir del texto de Arguedas publicado en *Amara*. No es del caso insistir en ese malentendido: Arguedas en su respuesta demuestra hasta la obvedad que de eso se trata. Pero tal vez no sea casual que el escritor peruano y el escritor argentino se hayan enfrentado: posiblemente ellos suponen dos hipótesis opuestas del arte y la cultura latinoamericanas. O más bien una misma posibilidad en dos lenguajes: para Cortázar, como para Arguedas, la literatura es la búsqueda de un destino individual dentro de un destino común.

Arguedas podía considerarse un hombre feliz asumiendo su destino de escritor en el formidable trabajo de su obra. Más admisible todavía porque ese trabajo estaba amenazado permanentemente por un profundo malestar personal, que se remonta a 1914, según ha contado, y más atrás aún: a la infancia. Los subsecuentes primeros capítulos de su última novela fue un caritas

por prescripción médica, en Santiago de Chile, como casi toda su obra última, escrita en un agudo exorcismo. Su última novela nace directamente el punto de vista de su muerte irrevocable: el suicidio, que aparece en sus distintos libros, se convierte en el tema central, "el único cuya esencia viva y siento", en la perspectiva del reciente final. Las páginas primeras de esa novela son por eso un diario abierto, el plan ni orden previo; en su carta última Arguedas dice que esa novela queda "casi monolítica", y que incluye un "último diario", se sabe también que el plano de ficción acontece en Chimbote, un puerto de pescadores transformado por la explotación industrial.

Ignoro si alguien pueda explicar la complejidad del malestar de Arguedas sin simplificar su extraordinaria agonía. Sólo sé que en su obra esa agonía aparece como una insalvable escisión: el drama íntimo de la ambigüedad entre su raíz indiana indígena y su desarraigo dentro de la cultura moderna. En uno de sus cuentos más intensos, "El focástico" (1954), Arguedas es el hablante lacerado por la soledad más absoluta; su emblema es el cóndor, el pájaro de las altas heladas del Perú. Ya desde sus primeros textos (*Agua*, 1933) el hablante autolítico —no sólo asediado por la injusticia y la rebelión— muestra la ambigüedad interior como su signo y destino: su identidad profunda con el mundo indígena, del que lo separa otro destino, ligado a la conciencia y la crítica. Ese mundo complejo era un debate poético: un exorcismo hecho de pavor y libertad. Al verse la fuerza de esa liberación agonica se comprende que Arguedas deseara morir; en sus libros la recurrente proximidad de la muerte expresó la intensidad de los hechos, de la escritura fervorosa y resabida.

La ambigüedad esencial del mestizo —oscilando entre su raíz indígena y su profundo exilio— aparece como uno de los debates más íntimos de la narrativa de Arguedas. Es el debate de la magia y la crítica, de la piedad y la rebelión. La soledad es la consecuencia de ese proceso. Pero también el sueño de un destino común.

Por eso en su novela más importante, *Todos los sangres* (1964), Arguedas busca hacer estable la posibilidad de la raíz indígena: mostrando la depresión social de un medio tradicional en proceso de

cambio, nos presenta al indígena ingresando al destino social —que la múltiple dependencia del Perú le niega— con una fuerza intacta y magnífica. Esa exploración poética no es un ensayo romántico ni una posición anacrónicamente indigenista. Es preciso considerar que Arguedas supone otra dimensión del indigenismo; en la realidad, el término resulta insuficiente. Arguedas continúa un diálogo cultural que posiblemente había iniciado en el Perú el Inca Garcilaso, que había prolongado Vallejo. La respuesta de Arguedas es latinoamericana: tal vez una de las últimas respuestas de un posible destino latinoamericano a las invasiones dejepedantes de la dependencia y la despersonalización que supone el mundo moderno. No es casual, por ello mismo, que en esa novela el marco crítico esté propuesto por la situación del subdesarrollo peruano: es dentro de las miserias de la dependencia —las sucesivas dependencias de las clases sociales, de los poderes económicos y políticos, del país todo al imperialismo— donde el deseo liberador de la poesía encuentra la vida íntima. "Infierno" en su marginación y humillación —del mundo indígena como final y expiadora posibilidad de la justicia. Así, la crítica se convierte en el deseo; la conciencia, en el sueño de otra realidad; la literatura en la búsqueda poética de un destino común.

La obra de Arguedas es una antropología profunda que se resuelve en poesía. Nos muestra los conflictos sociales de un país en proceso de cambio, pero su sueño mayor es la personificación, la construcción de una entidad humana que a partir de sus propios valores obtenga su historia. Pero nada en esta obra es programático: al contrario, el debate cultural que ella trasciende es una aventura que desafía el racionalismo simple, que se abre como ampliación poética de lo real. Cortázar ha escrito que la gran literatura de algún modo implica el sueño paródico. Y, en efecto, muestra mejores novelas suponen un paraíso perdido que refracta los hechos humanos: Pedro Páramo, Rayuela, Paraiso. Cien años de soledad, de distinta manera nos hablan de esa pérdida o esa recuperación. Pero también, al mismo nivel, en otros textos la poesía se convierte en la afirmación de la utopía. Ya no la utopía de una América pródiga. Más bien, la desgarrada utopía, de una América Latina con historia. También en vacío de la

Historia supone una exploración poética, un deseo agónico. Esa agonía recorre la obra de Arguedas: un destino común, para él, es un largo y apasionado debate, hecho entre la desesperación y la rebelión, entre la magia y la afirmación. Lo que hace único a Arguedas es el hecho de que su exploración reconstruye la inmensidad de la muerte, condena del draco: por eso Arguedas es un escritor trágico. Como Vallejo.

La muerte de la utopía contemporánea es haberse convertido en tragedia: no es más un idealismo coherente, una elegía perfecta, que acusa a la realidad perfectamente. En la formidable actualidad del Inca Garcilaso el mundo indiano es subconsciente y su destino es el privilegio de la poesía: él es el intérprete porque es el mestizo y posee una lengua (cf. Alberto Escobar: *Patio de Letras*, Lima, 1965). En nuestro tiempo la utopía es más bien un sueño que en lo imposible se ancla, en el deseo de la Historia que nos personifica. España, aparta de mí este cáliz construye con la palabra poética una utopía cuya plenitud asume la muerte como ideal: el esencial del yo y el tú en el nosotros sublevado. Todos los sangres construye con la palabra crítica otra utopía cuyo apocalipsis social supone el encuentro de una vida que contradice la sumisión de la dependencia, y esta operación crítica es el sueño totalizador de la poesía como destino común, como posible historia.

Arguedas había tratado de ponerlos en contacto con una tradición relogada: la vida y la poesía de los poetas indígenas del Perú. En su magnífico relato, "La agonía de Ruc-Nin" esa tradición aparece en su dimensión mágica y en su tragedia también: un vicio habría danza su última danza y mira su vida y su muerte, su libertad y su perpetuidad en el acto que lo devuelve a la tierra, a una vida impersonal y mística. Ese relato, y también la dimensión mítica que subyace en su obra, muestran en Arguedas la presencia viva de aquella tradición indígena, que la poesía nos devuelve. No en vano Arguedas trabajó desde una perspectiva poética para reconstruir el mundo quechuano y el idioma quechua: modeló una lengua surrealista, que traduce la complejidad anímica y los ritmos oníricos de una tradición hablada. Un diálogo que no es sólo anímico, encounterio del medio, sino que sobre todo es una reconstrucción del hom-

Arguedas: exploración poética de un sueño [artículo] Julio Ortega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ortega, Julio, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Arguedas: exploración poética de un sueño [artículo] Julio Ortega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile